Leopoldo de Luis

LA SANGRE

Bajo esta costra oscura en que sembramos
grano tacaño y vida generosa,
bajo este duro pecho en que soñamos
mientras crece la ortiga con la rosa,
ved la latente mano de este muerto
conduciendo tristísimos rebaños
por el frío absoluto de un desierto
de eternidad bajo los duros años.

A través de la vida, va la leva
humana tras su sangre, tras su rastro.
El rojo hierro fratricida lleva
como la herida de un errante astro.

La sangre manda subterráneamente.
Esa sangre vertida a ramalazos
arrastra, irrefrenable, honda corriente,
a unánimes regazos.

Puede ser esa sangre el puro riego
que fecunde la entraña de la tierra
o sal que torne en un baldío ciego
el huerto de la paz y de la guerra.

La sangre es cal a veces, no la sacias,
diluvio, ni volcanes su ardor tienen.
No la sepultan miles de desgracias
ni cosechas de llanto la contienen.

LEOPOLDO DE LUIS.—Nació en Córdoba en 1918.—Obras: *Sonetos de Ulises y de Calipso*, "Garcilaso", Madrid, 1944; *Laurel*, "Entregas de Poesía", Barcelona, 1946; *Alba del hijo*, "Mensajes", Madrid, 1946; *Huésped de un tiempo sombrío*, "Norte", San Sebastián, 1948; *Los imposibles pájaros*, "Adonais", Madrid, 1949; *Los horizontes*, "Planas de Poesía", Las Palmas de Gran Canaria, 1951; *Elegía en otoño*, "Nebli", Madrid, 1952; *El padre*, "Mirto y Laurel", Melilla, 1954; *el árbol y otros poemas*, "Tito Hombre", Santander, 1954; *El extraño*, 1955.

Es cal la sangre derramada, oscura,
es cal en nuestros huesos.
Cal en el amargor de la amargura,
cal en la tierra leve de los besos.

Nos da y nos quita luz, nos apacienta
esta sangre, pastor, muerto infecundo,
Soplo homicida y trágico la avienta
en el eterno transitar del mundo.

LA SOMBRA

Madeja oscura de silencio y pena
que se hila y se deshila tras el cuerpo,
que en las agujas de las piernas teje
a cada paso su destino ciego.

Madeja oscura. sombra. ¿Huella triste del ala
del ángel libre que éramos?
Huella de opaca tierra; cadena de ancestrales
maldiciones atándonos al suelo.

El estigma sombrío de la muerte
late en su errante hielo.
Río que nos refleja en turbia imagen
de la humana figura el lado negro.

Caminamos llevando
como una herida negra de silencio
la sombra apuñalándonos la espalda
en las encrucijadas solitarias del tiempo.

La sombra es el destino
que sigue al hombre con su fatal peso.
El rencor. La miseria. La pena de sentirse cada día
desterrado del sueño.

Este errante pasar que nos lacera
la planta, el alma. Este caminar, sin sosiego

bajo la luz inhóspita, acosados
por un sombrío perro.

Madeja oscura que devana su hilo
con un huso clavado en nuestro pecho.
Detrás del hombre silenciosamente
la sangre de los días va lamiendo.

EL ODIO

¿Somos más que esa bestia ciega y triste?
Qué olas de odio se alzan en la sangre.
Un mar sin salvación, un mar de odio
por el que vamos, maldecidos ángeles.

Mar de odio, cielo de odio, tierra de odio.
El odio es nuestra muerte y nuestra cárcel.
Respiramos, bebemos, escupimos
esta saliva, esta agua y este aire
y nos crecen sus costras como lepra
por el alma y la carne.

Como una maldición. Mano de hielo,
mano de brasa negra por la sangre,
agarra las raíces del espíritu,

nos voltea, guiñapos en el aire,
rojo muñón, harapo de destierro,
nos precipita en los sombríos mares
de la ira. Al amor roba sus barcos
que hunde bajo los pechos implacables.

El corazón, qué combatida guerra,
qué tierra entre los dientes que no sacien,
qué huesos como espinas erizadas
que hasta el ojo de Dios quieren alzarse.
Odio. Por qué tanto odio oculto
enraizado entre los hombres árboles
de fiera soledad y de ignominia.
como frontera que el amor no pase.

De qué hondas catacumbas
sube, amarillo hedor, al pecho odiante,
sube, saliva negra, al labio impuro,
sube, espina de luz, al ojo infame,
este rencor, este ancestral cuchillo,
esta quijada aún manchada en sangre.
Duele tanto rencor, tanta miseria,
duelen ya no sé qué negras verdades,
ya no sé que terribles maldiciones
pesan sobre la humana sombra errante:
"Al prójimo odiarás como a ti mismo".
Y el amor huye, herida y triste ave.

¿Para este hombre de odio no hay un sueño?
¿Un retorno a la sombra del seno de una madre?
¿Unos labios que besen esta lepra?

Odio, detén, detén tu impuro avance.

UNA VENTANA

Dementes artesanos, albañiles
locos, enajenados constructores,
levantando una tapia, cientos, miles
de tapias entre sueños y rencores.

¿Quién dirige esta ciega arquitectura,
estas casas de sombra, esta muralla
de soledad, la torre de negrura
donde la vida el vuelo libre encalla?

¿Quién dibujó la araña de este plano
que repite, paredes y paredes?
¿Quién alza estas ciudades, con qué mano
se tejen esta niebla y estas redes?

Alguien ha emborronado absurdamente
en los viejos diseños. Esta puerta
no da a ninguna parte. Un muro enfrente
ahoga el sol de la ventana abierta.

Y cruzamos oscuras galerías
que nos devuelven a la misma estancia.
Habitaciones múltiples, vacías,
repitiendo su inútil resonancia.

Y queremos salir, pero buscamos
la puerta, recorremos la escalera
y no se acaban sus desnudos tramos,
ni nada abrimos, porque no hay afuera.

No hay afuera, no hay calle, no hay ciudades,
no hay mundos; hay esta sola inmensa casa,
estas eternas, solas vecindades
de corredor donde la vida pasa.

No hay más que estos enormes corredores
por los que cruzamos ciegamente
vecinos de una casa de rencores
con la pared de un odio sordo enfrente.

No hay más que estas paredes donde deja
sus amarillas manchas el olvido
como la mano de una humedad vieja
en el yeso mortalmente mordido.

No hay más que ciegas puertas que abre el viento
descubriendo la sombra desdentada.
Los picaportes rompen su lamento
y giran las fallebas para nada.

Y lo sabemos. Pero nos decimos:
"En la otra habitación habrá salida".
De portazo en portazo repetimos
la esperanza fingida.

Porque vamos soñando abiertos muros,
grietas en donde el sol se precipite;
inventando avenidas y paisajes futuros,
tierras feraces que la luz habite.

Y sentimos un fuego en nuestras manos.
la sangre en nuestras manos, de ansia hechas,
para cavar, oscuros artesanos,
en las paredes de la casa brechas.

Con las manos heridas, la ventana
soñamos construir, a la luz pura,
que nuestro hijo puede abrir mañana
en esta ciega y hosca arquitectura.

(Juventud, 597, Madrid, abril 1955)

Agustín Millares Sall

CAUCE NATURAL

Porque te olvidas de que el sol existe
Porque haces daño a la canción y al hombre

Por que tu vista el llanto no resiste
Porque no ves que la razón embiste
Como un toro de luz al falso nombre
Que se le da a la vida y la hace triste

Porque lastimas desde que aborreces
Porque matando el tiempo languideces

Porque el misterio tras de ti se cierra
Porque no has sido ni serás fecundo
Ignorando las cosas de la tierra
Porque te crees algo de otro mundo

AGUSTIN MILLARES.—Nació en Las Palmas de Gran Canaria, en 1917 Obras: *Sueño a la deriva*, 1944; *En el deshielo de la noche*, 1945; *La sangre que me hierve*, 1946; *El grito en el cielo*, 1946; *Antología cerrada*, 1947; *La estrella y el corazón*, 1949; *El tiempo difícil*, *Poesía unánime*, *De la ventana a la calle*, *Poema de la creación* y *Ofensiva de Primavera*.